Bodas

EDITORIAL
EL BOZAL DE LA LOGICA

"Bodas"
de Albert Camus (1938)

Publicado como "Noces"
en Editorial Charlot

Indice

Bodas en Tipasa	3
El viento de Djémila	7
El verano en Argel	10
El desierto	17

Edición
Rene Mostrenco

elbozaldelalogica@gmail.com
www.elbozaldelalogica.blogspot.com

"El verdugo estranguló al Cardenal Carrafa con un cordón de seda que se rompió: fue preciso repetir dos veces la operación. El Cardenal miró al verdugo sin dignarse pronunciar una palabra."

STENDHAL, *La Duquesa de Palliano*

BODAS EN TIPASA

Tipasa es habitada en la primavera por los dioses y los dioses hablan en el sol y en el olor de los ajenjos, en el mar acorazado de plata y en el cielo azul crudo; en las ruinas cubiertas de flores y la luz en gruesos bullones sobre las hacinas de piedra. A ciertas horas, la campiña negrea de sol. Vanamente tratan de asir los ojos otra cosa que las gotas de luz y de colores que tiemblan al borde de las pestañas. El olor voluminoso de las plantas aromáticas, rae la garganta y sofoca en el calor enorme. Apenas si puedo ver, al fondo del paisaje, la negra masa del Chenoua que echa raíces en las colinas que rodean al pueblo y, con seguro y pesado ritmo, se sacude para ir a acuclillarse en el mar.

Llegamos por el pueblo que ya se abre sobre la bahía. Penetramos en un mundo amarillo y azul, acogidos por el suspiro odorífero y acre de la tierra estival en Argelia. Por doquiera las buganvillas rosadas rebosan de los muros de las quintas; en los jardines hay malvaviscos de un rojo todavía pálido, profusión de rosas té y delicados setos de altos iris azules. Todas las piedras queman. A la hora en que bajamos del autobús color de ranúnculo, los carniceros hacen su ronda matinal en sus rojos carros y el sonerío de sus bocinas llama a los habitantes.

A la izquierda del puerto, una escalinata de secas piedras lleva a la ruinas por entre lentiscos y retamas. El camino pasa frente a un pequeño faro y penetra luego en campo abierto. Ya desde el pie del faro, sordas plantas grasosas, de flores violetas, amarillas y rojas, descienden hacia las primeras rocas que el mar chupa con un ruido de besos. De pie en el viento ligero, bajo el sol que nos quema sólo un lado del rostro, miramos la luz que desciende del cielo, el mar sin una arruga, y la sonrisa de sus dientes lucientes. Antes de entrar en el reino de las ruinas, somos, por vez postrera, espectadores.

Al cabo de unos pasos, los ajenjos nos sofocan. Su lana gris cubre las ruinas hasta donde la mirada alcanza. Su esencia fermenta bajo el calor, y de la tierra al sol sube, por toda la extensión del mundo, un alcohol generoso que hace vacilar al cielo. Marchamos al encuentro del amor y el deseo. No buscamos lecciones, ni la amarga filosofía que se le pide a la grandeza. Fuera del sol, los besos y los perfumes silvestres, todo nos parece fútil. En cuanto a mí, sólo busco estar a solas. A menudo vine a este sitio con aquellos a quienes amo y en sus rasgos leía la clara sonrisa que aquí adquiere el rostro del amor. A otros dejo el orden y la medida. El gran libertinaje de la naturaleza y del mar me acapara totalmente. En estos esponsales de las ruinas y de la primavera, las ruinas se han tornado piedras y, perdiendo la tersura impuesta por el hombre, han regresado a la naturaleza,

que ha prodigado flores en el retorno de estas hijas pródigas. Entre las losas del faro, el heliotropo asoma su cabeza redonda y blanca, y los rojos geranios vierten su sangre sobre lo que fueran casas, templos y plazas públicas. A la manera de esos hombres a quienes mucha ciencia hizo volver a Dios, muchos años han hecho que retornen las ruinas a casa de su madre. Por fin las abandona hoy su pasado, y nada las distrae ya de la fuerza profunda que las reintegra al centro de las cosas que caen.

¡Cuántas horas pasadas aplastando los ajenjos, acariciando las ruinas, tratando de acordar mi respiración a los suspiros tumultuosos del mundo! Sumido en los salvajes olores y los conciertos de insectos soñolientos, abro los ojos y mi corazón a la grandeza insostenible de este ciclo cargado de calor. No es tan fácil devenir lo que se es, recuperar la propia, profunda, medida. Pero mirando el sólido espinazo del Chenoua, mi corazón se apaciguaba en una extraña certidumbre. Aprendía a respirar y me integraba y me realizaba. Ascendía, una tras otra, colinas que me reservaban una recompensa distinta, como ese templo cuyas columnas miden el curso del sol y desde el cual se ve al pueblo entero con sus muros blancos y rosados y sus verdes barandas. Y también como esa basílica de la colina oriental que conservó sus muros y en torno a la cual, en un gran radio, se alinean los sarcófagos exhumados, casi todos apenas surgientes de la tierra de la que todavía participan. Contuvieron cadáveres; por el momento, brotan de ellos salvias y alelíes. La basílica Sainte-Salsa es cristiana; pero cada vez que se mira por una grieta, la melodía del mundo llega hasta nosotros: ribazos plantados de pinos y cipreses, o bien el mar que hace rodar sus perros blancos a una veintena de metros. El alcor que soporta a Sainte-Salsa es plano en su cima y el viento sopla más ampliamente a través de los pórticos. Bajo el sol matinal, una gran dicha se mece en el espacio.

Bien pobres son los que necesitan mitos. Aquí los dioses sirven de lecho o de hito al curso de los días. Describo y digo: "He aquí esto que es rojo, que es azul, que es verde. Estos son el mar, la montaña, las flores". Y ¿qué necesidad tengo de hablar de Dionisos para decir que me gusta aplastar bajo mis narices las drupas de lentisco? ¿Fue, en verdad, dedicado a Deméter ese antiguo himno que más tarde recordaré sin esfuerzo: "Dichoso aquel entre los vivos de la tierra que vio estas cosas"? Ver, y ver sobre la tierra, ¿cómo olvidar la lección? En los misterios de Eleusis, bastaba contemplar. Aquí mismo, sé que nunca me aproximaré suficientemente al mundo. Necesito estar desnudo y hundirme luego en el mar, perfumado todavía por las esencias de la tierra, lavarlas en él y atar sobre mi piel el abrazo por el cual suspiran, labio a labio, desde hace tiempo, la tierra y el mar. Inmerso en el agua, sobrevienen el escalofrío, la subienda de una liga fría y opaca; la zambullida, luego, con el zumbido de los oídos, la nariz manante y la boca amarga – nadar: sacar del mar los brazos barnizados de agua para que se doren al sol y sumirlos de nuevo en una torsión de todos los músculos; el curso del agua sobre mi cuerpo, esa tumultuosa posesión de la onda por mis piernas y la ausencia de horizonte. En la playa, es la caída sobre la arena, abandonado al mundo, de vuelta a mi peso de carne y huesos, embrutecido de sol, teniendo, de vez en cuando, una mirada para mis brazos en donde las charcas de piel seca descubren, al deslizarse al agua, el vello rubio y el polvillo de sal.

Aquí comprendo lo que llaman gloria: el derecho a amar sin medida. Sólo hay un amor en este mundo. Estrechar un cuerpo de mujer es también retener contra sí esta extraña alegría que desciende del cielo hacia el mar. Dentro de un momento, cuando me arroje a los ajenjos para hacerme entrar su perfume en el cuerpo, tendré conciencia, contra todos los prejuicios, de realizar una verdad que es la del sol y será también la de mi muerte. En cierto sentido, lo que aquí juego es mi vida, un sabor a piedra ardiente, llena de los suspiros del mar y las cigarras que comienzan a cantar ahora. La brisa es fresca y es azul el cielo. Amo esta vida con abandono y quiero hablar de ella libremente: pues me da el orgullo de mi condición humana. A menudo me han dicho, sin embargo, que no hay de qué gloriarse. Sí, hay de qué: este sol, este mar, mi corazón que brinca de juventud, mi cuerpo con sabor a sal, la inmensa decoración en que la ternura y la gloria se dan cita en el amarillo y el azul. A conquistar esto debo aplicar mi fuerza y mis recursos. Todo aquí me deja intacto, nada mío abandono, ninguna máscara reviso: me basta aprender pacientemente la difícil ciencia de vivir, que bien vale el saber vivir de los demás.

Poco antes del mediodía regresábamos por entre las ruinas hacia un pequeño café a la linde del puerto. ¡Resonante la cabeza con los címbalos del sol y los colores, qué fresca bienvenida la de la sala plena de sombra, del gran vaso de verde y yerta menta! Afuera está el mar y la ruta ardiente de polvo. Sentado a la mesa, trato de asir entre mis batientes pestañas el deslumbramiento multicolor del cielo blanco de calor. Húmedo el rostro de sudor pero fresco el cuerpo bajo la ligera tela que nos viste, exhibimos todo el feliz cansancio de un día de bodas con el mundo.

Se come mal en este café, pero hay muchas frutas –sobre todo, esos melocotones que se comen a dentelladas, de manera que el jugo se desliza por la barbilla–. Cerrados los dientes sobre el fruto, oigo subir hasta mis oídos las grandes oleadas de la sangre y miro todo ávidamente. Sobre el mar, el silencio enorme del mediodía. Todo ser bello tiene el orgullo natural de su belleza y hoy el mundo deja que su orgullo rezume por todas partes. ¿Por qué negar ante él la alegría de vivir si no puedo encerrarlo todo en la alegría de vivir? En ser feliz no hay vergüenza. Pero hoy, el imbécil es rey, y llamo imbécil al que teme gozar. Se nos ha hablado tanto de orgullo: "¡Sabéis, es el pecado de Satanás! ¡Desconfiad –se nos grita–: os perderéis! Y con vosotros, vuestras fuerzas vivas". Más tarde he sabido, en efecto, que cierto orgullo… Pero, en otros momentos, no puedo dejar de reivindicar el orgullo de vivir que el mundo entero conspira a darme. En Tipasa, el ver equivale a creer y no me obstino en negar lo que pueden tocar mis manos y acariciar mis ojos. No siento la necesidad de hacer de ello una obra de arte, pero sí de contar lo que es diferente. Tipasa se me antoja como esos personajes que describimos para expresar indirectamente una opinión sobre el mundo. Como ellos, da testimonio; y lo da virilmente. Ella es hoy mi personaje, y me parece que acariciándola, mi embriaguez no tendrá fin. Hay un tiempo para vivir y un tiempo para testimoniar la vida. Hay también un tiempo para crear, lo que es menos natural. Me basta vivir con todo mi cuerpo y testimoniar con todo mi corazón. Vivir a Tipasa, testimoniar, y la obra de arte vendrá luego. Hay en esto una libertad.

Nunca permanecí en Tipasa más de un día. Siempre llega un momento en que se ha visto demasiado un paisaje, lo mismo que se necesita largo tiempo antes de verlo bastante. Las montañas, el cielo, el mar son como rostros cuya aridez y esplendor se descubren a fuerza de mirar en vez de ver. Pero, para ser elocuente, todo rostro debe sufrir cierta renovación. Y se queja uno de fatigarse demasiado pronto, cuando debería admirarse de que el mundo nos parezca nuevo por haber sido solamente olvidado.

Hacia la noche, volví a una parte del parque más ordenada, dispuesta en forma de jardín al borde de la carretera nacional. Al salir del tumulto de los perfumes y el sol, en el aire refrescado ahora por el atardecer, el espíritu se sosegaba, el distendido cuerpo saboreaba el silencio interior que nace del amor satisfecho. Me había sentado en una banca. Por encima de mí, un granado dejaba pender los botones de sus flores, cerrados y asurcados como pequeños puños que contuviesen toda la esperanza de la primavera. Tras de mí crecía el romero y solamente percibía su perfume de alcohol. Los alcores se enmarcaban entre los árboles y, más lejos aún, una orla de mar sobre la cual el cielo, como una vela al pairo, reposaba con toda su ternura. Tenía en el corazón una extraña alegría, la misma que nace de una conciencia tranquila. Hay un sentimiento que conocen los actores cuando tienen conciencia de haber desempañado bien su papel; es decir en el sentido más preciso, de haber hecho coincidir sus gestos con los del personaje ideal que encarnan, de haber entrado en cierto modo dentro de un dibujo ejecutado de antemano y que repentinamente han hecho vivir y palpitar en su propio corazón. Esto era precisamente lo que yo sentía: había desempeñado bien mi papel. Había hecho mi oficio de hombre y el haber conocido la dicha durante todo un largo día no me parecía un logro excepcional, sino el emocionado cumplimiento de una condición que, en ciertas circunstancias, nos crea el deber de ser felices. Entonces encontramos una soledad, pero esta vez en la satisfacción.

Los árboles se habían poblado de pájaros. La tierra suspiraba lentamente antes de entrar en la sombra. Dentro de un momento, con la primera estrella, caerá la noche sobre la escena del mundo. Los resplandecientes dioses del día tornarán a su muerte cotidiana. Pero otros dioses vendrán. Y para ser más sombríos, sus asolados rostros habrán nacido en el corazón de la tierra.

Ahora, al menos, la incesante eclosión de las olas sobre la arena me llegaba a través de todo un espacio en el que danzaba un polen dorado. Mar, campiña, silencio, perfumes de esta tierra, me henchían de una vida odorante y mordía en el fruto, dorado ya, del mundo, conturbado al sentir su jugo dulce y fuerte deslizarse a lo largo de mis labios. No, no era yo quien contaba, ni el mundo, sino el acuerdo y el silencio que de él a mí hacía nacer el amor. Amor que no tenía yo la debilidad de reivindicar para mí solo, consciente y orgulloso de compartirlo con toda una raza, nacida del sol y del mar, viva y sápida, que extrae su grandeza de su sencillez y, de pie sobre las playas, dirige su sonrisa cómplice a la sonrisa luciente de sus cielos.

EL VIENTO DE DJÉMILA

Hay lugares en que el espíritu muere para que nazca una verdad que es su negación misma. Cuando fui a Djémila había viento y sol, pero ésta es otra historia. Lo que hay que decir primero, es que reinaba allí un gran silencio pesado y sin quiebro –algo como el equilibrio de una balanza–. Gritos de pájaros, el afelpado sonido de la flauta de tres huecos, un pisotear de cabras, rumores venidos del cielo, eran otros tantos ruidos que formaban el silencio y la desolación de esos lugares. De vez en cuando, un chasquido seco, un grito agudo, señalaban el vuelo de un pájaro agazapado entre las piedras. Cada camino seguido –senderos entre los restos de las casas, grandes rutas empedradas bajo las columnas lucientes, inmenso foro entre el arco de triunfo y el templo en la eminencia– conduce a los barrancos que, por todos lados, limitan a Djémila, baraja abierta sobre un cielo sin límites. Y se encuentra uno allí, reconcentrado, enfrentando a las piedras y al silencio, a medida que el día avanza y crecen las montañas al tornarse violetas. Pero sopla el viento sobre la meseta de Djémila. En esta gran confusión del viento y del sol que mezcla la luz a las ruinas, algo se forja que da al hombre la medida de su identidad con la soledad y el silencio de la ciudad muerta.

Se necesita mucho tiempo para ir a Djémila. No es una ciudad en la que uno se detenga y deje, luego, atrás. No lleva a parte alguna ni se abre sobre ningún país. Es un lugar del que se regresa. La ciudad muerta se halla al término de una larga ruta acordonada que parece prometerla en cada uno de sus recodos y se antoja, por ello, tanto más larga. Cuando finalmente surge sobre una meseta de apagados colores, sumida entre altas montañas, su esqueleto amarillo como un bosque de osamentas, Djémila representa el símbolo de esa lección de amor y de paciencia que es la única capaz de conducirnos al palpitante corazón del mundo. Allí, entre unos pocos árboles, entre la hierba seca, se defiende con todas sus montañas y con todas sus piedras, de la admiración vulgar, de lo pintoresco o de los juegos de la esperanza.

Bajo este esplendor árido vagamos toda la jornada. Poco a poco, el viento, apenas sentido al comenzar la tarde, parecía crecer con las horas y henchir todo el paisaje. Soplaba desde una brecha de las montañas, en el oriente remoto; acudía desde el fondo del horizonte y venía a saltar en cascadas entre las piedras y el sol. Sin pausa, silbaba vigorosamente a través de las ruinas, giraba en un circo de piedras y tierra, bañaba los montones de virulosos bloques, rodeaba con su soplo cada columna y venía a esparcirse en incesantes gritos sobre el foro que se abría bajo el cielo. Me sentía chasquear en el viento como una arboladura. Doblado por la cintura, ardidos los ojos, calcinados los labios, mi piel se resecaba hasta no ser ya mía. Antes, descifraba con ella la escritura del mundo. En ella trazaba los signos de su ternura, su cólera, caldeándola con su soplo estival o mordiéndola con sus dientes de escarcha. Pero tan largamente frotado por el viento, sacudido desde hacía más de una hora, aturdido de resistencia, perdía conciencia del dibujo, que mi cuerpo trazaba. Como el guijarro barnizado por las marcas, estaba pulido

por el viento, usado hasta el alma. Comencé siendo un poco de esa fuerza según la cual flotaba; fui luego mucho de ella; finalmente, ella misma, confundiendo el pulso de mi sangre con los grandes golpes sonoros de ese corazón doquiera presente de la naturaleza. El viento me moldeaba a imagen de la ardiente desnudez que me rodeaba. Y su abrazo fugitivo me confería, piedra entre las piedras, la soledad de una columna o de un olivo bajo el cielo de estío.

Ese violento baño de sol y de viento agotaba todas mis fuerzas de vida. Apenas había en mí ese batir de alas que aflora, esa vida que se queja, esa débil rebelión del espíritu. Pronto, esparcido en las cuatro esquinas del mundo, olvidadizo, de mí mismo olvidado, soy ese viento y, en el viento, esas columnas y ese arco, esas losas que huelen a calor y esas montañas pálidas en torno a la ciudad desierta. Y jamás sentí más hondamente, a la vez mi desasimiento de mí mismo y mi presencia en el mundo.

Sí, estoy presente. Y lo que en ese momento me sorprende, es que no puedo ir más lejos. Como un prisionero a perpetuidad, y al que todo está presente. Pero también como un hombre que mañana será igual, y todos los demás días. Pues para un hombre, adquirir conciencia de su presente es no esperar ya nada. Si hay paisajes que son estados de alma, son los paisajes más vulgares. Y a todo lo largo de aquel país, seguía yo algo que no era mío sino de él, como un gusto de la muerte que nos era común. Entre las columnas de sombras ora oblicuas, las inquietudes se fundían en el aire como pájaros heridos. Y en su lugar, esta lucidez árida. La inquietud nace del corazón de los vivos. Pero la calma revestía este corazón viviente: he ahí toda mi clarividencia. A medida que avanzaba la jornada y se sofocaban los ruidos y las luces bajo las cenizas que descendían del cielo, abandonado de mí mismo, me sentí indefenso ante las lentas fuerzas que en mí decían no.

Pocas gentes comprenden que haya una repulsa, que nada tiene de común con el renunciamiento. ¿Qué significan aquí las palabras porvenir, bienestar, posición? ¿Qué significa el progreso del corazón? Si obstinadamente rechazo todos los "después" del mundo, es porque también se trata de no renunciar a mi riqueza presente. No me gusta creer que la muerte abre otra vida. Para mí es una puerta cerrada. No digo que sea un paso que hay que dar; sino que es una horrible y sucia aventura. Todo lo que se me propone, tiende a descargar al hombre del peso de su propia vida. Y ante el pesado vuelo de los grandes pájaros en el cielo de Djémila, lo que reclamo y obtengo es, justamente, cierto peso de vida. Estar entero en esta pasión pasiva, y el resto no me pertenece. Tengo en mí demasiada juventud para poder hablar de la muerte. Pero me parece que, si debiera hacerlo, es aquí donde encontraría la palabra exacta que dijese, entre el horror y el silencio, la certidumbre consciente de una muerte sin esperanza.

Se vive con algunas ideas familiares. Dos o tres. Al azar de los mundos y los hombres que encontramos, se las pule, se las transforma. Se necesitan diez años para tener una idea auténticamente propia, una idea de la que puede hablarse. Naturalmente, esto es un poco desalentador. Pero con ello gana el hombre cierta familiaridad con el hermoso rostro del mundo. Hasta ahora, lo veía frente a frente. Necesita, luego, dar un paso de lado

para mirar su perfil. Un hombre joven mira al mundo frente a frente. No ha tenido tiempo para pulir la idea de muerte o de nada, cuyo horror ha rumiado sin embargo. Tal debe ser la juventud: dura confrontación con la muerte, terror físico del animal que ama al sol. Contrariamente a lo que se dice, al menos a este respecto, la juventud no se hace ilusiones. No ha tenido tiempo ni piedad para fabricárselas. E ignoro por qué, frente a este paisaje de torrenteras, ante este grito de piedra, lúgubre y solemne –Djémila, inhumana en la caída del sol–, ante esta muerte de la esperanza y los colores, estaba seguro de que, llegados al final de una vida, los hombres dignos de tal nombre deben reanudar esa confrontación, renegar de las pocas ideas que fueron suyas y recuperar la inocencia y la verdad que brilla en la mirada de los hombres antiguos enfrentados a su destino. Recuperan su juventud, pero abrazando a la muerte. Nada más despreciable, a este respecto, que la enfermedad. Es un remedio contra la muerte. Una preparación. Un aprendizaje cuya primera etapa es el enternecimiento consigo mismo. Un apoyo para el hombre en su gran esfuerzo por escapar a la certidumbre de morir todo entero. Pero Djémila…, y siento entonces que el verdadero, el único progreso de la civilización, aquel al que de tiempo en tiempo un hombre se vincula, es el de crear muertos conscientes.

Lo que siempre me sorprende es que mientras estamos dispuestos a sutilizar tantos temas, seamos tan pobres en ideas sobre la muerte. Está bien o está mal. La temo o la llamo –dicen–. Pero esto prueba también que todo lo que es sencillo nos rebasa. ¿Qué es el azul y qué pensar del azul? Dificultad idéntica con respecto a la muerte. De la muerte y los colores, no sabemos discutir. Y, sin embargo, lo más importante es este hombre que está ante mí, pesado como la tierra, y que prefigura mi porvenir. ¿Pero puedo pensar realmente en ello? Debo morir –me digo–, pero esto nada quiere decir, pues no logro creerlo y sólo puedo tener la experiencia de la muerte de los demás. He visto morir hombres. He visto morir perros, sobre todo. Lo que me confundía era tocarlos. Pienso entonces: flores, sonrisas, deseos de mujer, y comprendo que todo mi horror a morir reside en mi celo por vivir. Tengo celos de quienes vivirán y para quienes flores y deseos de mujer tendrán todo su sentido de carne y sangre. Soy envidioso, porque amo demasiado la vida para no ser egoísta. ¡Qué me importa la eternidad! Se puede estar ahí, tendido un día y oír que se nos dice: "Eres fuerte y debo ser sincero contigo: puedo decirte que vas a morir"; estar ahí, con toda su vida entre las manos, con todo su terror en las entrañas y una mirada idiota. ¡Qué significa el resto: oleadas de sangre vienen a batir mis sienes y me parece que lo aplastaría todo en torno de mí!

Pero los hombres mueren a pesar suyo, a pesar de sus decorados. Se les dice: "Cuando estés sano…", y mueren. Yo no quiero esto. Pues si hay días en que la naturaleza miente, también los hay en que dice la verdad. ¡Djémila la dice esta noche, y con qué triste insistente belleza! En cuanto a mí, ante este mundo no quiero mentir ni que me mientan. Quiero llevar mi lucidez hasta el fin y contemplar la vida con toda la profusión de mis celos y mi horror. En la misma medida en que me separo del mundo, tengo miedo de la muerte; en la medida en que me vinculo a la suerte de los hombres que viven, en vez de contemplar el cielo que dura. Crear muertos conscientes es disminuir la distancia que

nos separa del mundo y entrar sin alegría en el cumplimiento, consciente de las exaltadoras imágenes de un mundo para siempre perdido. Y el canto triste de los alcores de Djémila me hunde todavía más en el alma la amargura de esta enseñanza.

Hacia la noche, trepábamos las pendientes que llevan a la aldea, y, rehaciendo nuestros pasos, escuchábamos las explicaciones: "Aquí se encuentra la ciudad pagana; este barrio que surge de las tierras, es el de los cristianos. Más tarde..." Sí, es verdad. Hombres y sociedades se sucedieron aquí; los conquistadores marcaron esta Comarca con su civilización de suboficiales. Se hacían una idea baja y ridícula de su grandeza y medían la de su Imperio por la superficie que cubría. Lo milagroso es que las ruinas de su civilización sean la negación misma de su ideal. Pues esta ciudad esqueleto, vista de tan alto en la tarde agonizante y en los blancos vuelos de las palomas en torno al arco de triunfo, no inscribía sobre el cielo los signos de la conquista y la ambición. El mundo acaba siempre por vencer a la historia. De este gran grito de piedra que Djémila lanza entre las montañas, el cielo y el silencio, conozco bien la poesía: lucidez e indiferencia, los auténticos signos de la desesperación o de la belleza. Se oprime el corazón ante esta grandeza que abandonamos ya. Djémila queda tras de nosotros con el agua triste de su cielo, un canto de pájaro que viene del otro lado de la meseta, repentinos y breves arroyos de cabras en los flancos de las colinas y, en el crepúsculo laxo y sonoro, el viviente rostro de un dios cornúpeto en el frontis de un altar.

EL VERANO EN ARGEL

A Jacques Heurgon

Los amores que se comparten con una ciudad son, a menudo, amores secretos. Ciudades como París, Praga y aun Florencia, están cerradas sobre sí mismas, limitan de este modo el mundo que les es propio. Pero Argel, y con ella ciertos ambientes privilegiados como las ciudades sobre el mar, se abre en el cielo como una boca o una herida. Lo que en Argel se puede amar es aquello de que todo el mundo vive: el mar a la vuelta de cada calle, un cierto peso del sol, la belleza de la raza. Y, como siempre, en este impudor y en esta ofrenda se reconoce un perfume más secreto. En París se puede sentir la nostalgia de espacio y batir de alas. Aquí, al menos, el hombre está colmado y, seguro de sus deseos, puede medir entonces sus riquezas.

Sin duda se precisa largo tiempo en Argel para comprender lo que puede tener de esterilizante un exceso de bienes naturales. Nada hay aquí para quien quisiese aprender, educarse o mejorarse. Este país no tiene lección que dar. Ni promete ni deja entrever. Se contenta con dar, pero profusamente. Se entrega del todo a los ojos y se le conoce desde el momento en que se le goza. Sus placeres no tienen remedio, ni esperanza sus alegrías. Lo que exige son almas clarividentes, es decir, inconsolables. Pide que se haga un

acto de lucidez como se hace un acto de fe. ¡Singular país que, al mismo tiempo, da al hombre que nutre su esplendor y su miseria! No es sorprendente que la riqueza sensual de que está provisto un hombre sensible de estas comarcas coincida con la más extrema desnudez. No hay verdad alguna que no lleve consigo su amargura. ¿Cómo asombrarse entonces de que no ame yo tanto el rostro de este país cuanto lo amo en medio de sus hombres más pobres?

Durante toda su juventud, los hombres encuentran aquí una vida a la medida de su belleza. Después, vienen la caída y el olvido. Apostaron a la carne, pero sabiendo que debían perder. Para quien es joven y vivaz, todo en Argel es refugio y pretexto de triunfos: la bahía, el sol, los juegos en rojo y blanco de las terrazas hacia el mar, las flores y los estadios, las mozas de frescas piernas. Pero para quien ha perdido su juventud, nada a qué acogerse y lugar alguno en que la melancolía pueda salvarse a sí misma. En otras partes, las terrazas de Italia, los claustros de Europa o el dibujo de los alcores provenzales son otros tantos sitios en que el hombre puede huir de su humanidad y liberarse dulcemente de sí mismo. Pero aquí, todo exige la soledad y la sangre de los jóvenes. Al morir, Goethe llama a la luz y sus palabras son históricas. En Belcourt y en Bab-el-Qued, los ancianos sentados al fondo de los cafés, escuchan las baladronadas de los mozos de pegados cabellos.

Estos comienzos y estos fines es lo que el verano nos entrega en Argel. Durante esos meses, la ciudad es desterrada. Pero restan los pobres y el cielo. Con los primeros, descendemos juntos hacia el puerto y los tesoros del hombre: tibieza del agua y los cuerpos morenos de las mujeres. A la noche, henchidos de esas riquezas, vuelven a la tela encerada y a la lámpara de petróleo que forman todo el decorado de su vida.

En Argel no se dice "tomar un baño", sino "zurrarse un baño". No insistamos. Se baña uno en el puerto y se va luego a reposarse sobre las boyas. Cuando se pasa cerca de una boya, en la que se ha instalado ya una linda chica se grita a los camaradas: "¡Os digo que es una gaviota!" Son sanas alegrías. Es preciso creer que constituyen el ideal de esos mozos, ya que la mayoría continúa la misma vida durante el invierno y diariamente, al mediodía, se desnuda bajo el sol para un frugal almuerzo. No es que hayan leído las tediosas prédicas de los naturalistas, esos protestantes de la carne –hay una sistemática del cuerpo que es tan exasperante como la del espíritu–. Es que se hallan "bien al sol". Jamás se medirá suficientemente la importancia que tiene esta costumbre para nuestra época. Por primera vez después de dos mil años, el cuerpo se ha desnudado totalmente sobre las playas. Desde hace veinte siglos, los hombres se han propuesto tornar decentes la insolencia y la ingenuidad griegas, disminuyendo la carne y complicando el vestido. Hoy, por encima de esta historia, la carrera de los mozos por las playas del Mediterráneo renueva los gestos magníficos de los atletas de Delos. Y viviendo así, cerca de los cuerpos y para el cuerpo, se percata uno de que la vida corporal tiene sus matices y, aventurando un contrasentido, una psicología que le es propia. La evolución del cuerpo, como la del espíritu, tiene su historia, su retrocesos, sus progresos y su déficit. Solamente un

matiz: el color. Cuando se va en el verano a los baños del puerto, se adquiere conciencia del paso simultáneo de todas las pieles del blanco al dorado, luego al moreno y finalmente a un color tabaco que es el extremo límite de que es capaz el cuerpo en su esfuerzo, de transformación. El puerto está dominado por el juego de blancos dados de la Kasbah. Cuando se está al nivel del agua, sobre el fondo blanco crudo de la ciudad árabe los cuerpos forman un friso cobrizo. Y, a medida que avanza agosto y crece el sol, el blanco de las casas se hace más enceguecedor y adquieren las pieles un color más oscuro. ¿Cómo no identificarse entonces con ese diálogo de la piedra y la carne a la medida del sol y las estaciones? Toda la mañana se ha pasado en zambullidas, en flotaciones de risas entre haces de agua, en largos golpes de pagaya en torno de los barcos rojos y negros –los que vienen de Noruega y traen todos los perfumes del bosque; los que llegan de Alemania, llenos de olor de los aceites; los que hacen el cabotaje y huelen a vino y a tonel viejo–. A la hora en que el sol desborda por todas las esquinas del ciclo, la canoa color naranja, cargada de cuerpos morenos, nos trae de regreso en una loca carrera. Y cuando, suspendiendo bruscamente el cadencioso batir de la doble pagaya de alas color de fruto, nos deslizamos largamente por las aguas tranquilas de la dársena, ¿cómo no estar seguro de que conduzco a través de las aguas lisas un leonado cargamento de dioses en quienes reconozco a mis hermanos?

Pero al otro extremo de la ciudad, el verano nos rinde ya, en contraste, sus otras riquezas: quiero decir, sus silencios y su tedio. Esos silencios no tienen todos la misma calidad, según nazcan de la sombra o del sol. Hay el silencio de mediodía en la plaza de Gobierno. A la sombra de los árboles que la bordean, los árabes venden por veinticinco céntimos vasos de limonada helada y perfumada con azahar. Su pregón: "¡Fresca!, ¡fresca!", atraviesa la plaza desierta. Después de su grito, vuelve a caer el silencio bajo el sol: en la cántara del vendedor se voltea el hielo y yo oigo su breve ruido. Hay el silencio de la siesta. En las calles de la Marina, ante las grasientas tiendas de los peluqueros, se le puede medir en el armonioso bordoneo de las moscas tras las cortinas de huecos juncos. En otros lugares, en los cafés moros de la Kasbah, el silencioso es el cuerpo, que no puede arrancarse de aquellos lugares, dejar el vaso de té y retornar al tiempo con los ruidos de su sangre. Pero hay, sobre todo, el silencio de las tardes estivales.

¿Es menester que esos cortos instantes en que el día se mece en la noche estén poblados de signos y secretas llamadas para que en mí les esté Argel tan ligado? Cuando permanezco algún tiempo ausente de este país, imagino sus crepúsculos como promesas de felicidad. Sobre los alcores que dominan la ciudad, hay caminos por entre los lentiscos y los olivos. Hacia ellos se vuelve entonces mi corazón. Veo subir gavillas de pájaros negros sobre el verde horizonte. En el cielo, vaciado repentinamente de su sol, algo se distiende. Todo un pequeño pueblo de nubes rojas se adelgaza para reabsorberse en el aire. Casi inmediatamente después, aparece la primera estrella que ya veíamos formarse y endurecerse en el espesor del cielo. Y luego, de un solo golpe, devoradora, la noche. Fugitivas tardes de Argel: ¿qué tienen, pues, de inigualable para desatar en mí tantas cosas? Sin dar tiempo al hastío, la dulzura que en los labios me ponen desaparece ya en la

noche. ¿Es el secreto de su persistencia? La ternura de este país es turbadora y furtiva. Pero cuando está ahí, el corazón al menos se abandona totalmente. En la playa Padovani, el dancing está abierto todo el día. Y en esa inmensa caja rectangular abierta sobre el mar a todo lo largo, la juventud pobre del barrio baila hasta la noche. A menudo esperaba yo allí un singular momento. Durante el día, la sala está protegida por colgadizos de madera que se levantan cuando el sol se pone. Entonces la sala se llena de una extraña luz verde nacida de la doble concha del cielo y del mar. Cuando se está sentado lejos de las ventanas, solamente se ve el cielo y, en sombras chinescas, los rostros de los bailarines que pasan sucesivamente. A veces tocan un vals, y, sobre el fondo verde, los negros perfiles giran entonces obstinadamente, a la manera de esas siluetas recortadas que se pegan al platillo de un fonógrafo. La noche viene luego, y, con ella, las luces. Pero no sabré decir lo que encuentro de exaltante y secreto en ese sutil instante. Recuerdo, al menos, a una magnífica muchacha que había bailado toda la tarde. Llevaba un collar de jazmín sobre su ceñido traje azul, mojado por el sudor desde los riñones hasta las piernas. Reía al bailar y echaba atrás la cabeza. Cuando pasaba cerca de las mesas, dejaba tras de sí un mezclado olor de flores y carne. Cuando vino la noche, ya no vi su cuerpo pegado al de su pareja, pero sobre el cielo giraban las manchas alternas del jazmín blanco y de los negros cabellos, y cuando echaba hacia atrás su henchida garganta, oía su risa y veía el perfil de su danzarín inclinarse súbitamente. A tardes semejantes debo la idea que tengo de la inocencia. Y aprendo a no separar ya a estos seres cargados de violencia del cielo en que giran sus deseos.

En los cines de barrio de Argel se venden algunas veces pastillas de menta que llevan, grabado en rojo, cuanto se necesita en el nacimiento del amor: 1) preguntas: "¿Cuándo te casarás conmigo?", "¿me quieres?" 2) respuestas: "Con locura", "en la primavera". Después de preparar el terreno, se las pasa a la vecina que responde de la misma manera o se limita a hacerse la tonta. En Belcourt se han visto matrimonios concertados de este modo y vidas enteras comprometidas con un intercambio de bombones. Y esto pinta bien al pueblo infantil de este país.

Acaso el signo de la juventud sea una vocación magnífica para las dichas fáciles. Pero, sobre todo, es una precipitación en vivir que linda con el despilfarro. En Belcourt, como en Bab-el-Qued, la gente se casa joven. Se comienza a trabajar pronto y en diez años se agota la experiencia de una vida de hombre. Un obrero de treinta años ha jugado ya todas sus cartas. Espera el fin entre su mujer y sus hijos. Sus dichas han sido cortas e inmisericordes. Lo mismo que su vida. Y se comprende entonces que haya nacido de este país en el que todo se da para ser quitado. En esta abundancia y profusión, la vida adopta la curva de las grandes pasiones, repentinas, exigentes, generosas. No se trata de construirla, sino de quemarla. Ni de reflexionar y mejorarse. La noción de infierno, por ejemplo, no pasa de ser aquí una amable broma. Sólo a los muy virtuosos se les permiten tales imaginaciones. Y creo que la virtud es una palabra sin significación en toda Argelia. No es que estos hombres carezcan de principios. Se tiene una moral, y muy particular. A la madre no se le "falta". Se hace respetar a la esposa en las calles. Se guardan conside-

raciones a la mujer encinta. No se ataca en pareja a un adversario, pues "sería feo". Quien no observa estos mandamientos elementales, "no es un hombre", y la cuestión queda arreglada. Esto me parece justo y fuerte. Todavía somos muchos los que observamos este código de la calle, que es el único desinteresado que yo conozca. Pero, al mismo tiempo, se ignora la moral del tendero. Siempre vi en torno a mí compadecerse los rostros cuando pasaba un hombre entre policías. Y antes de saber si se trataba de un ratero, de un parricida o simplemente de un inconforme, las gentes suspiraban: "Pobre!" O, con un dejo de admiración exclamaban: "Ése, es un pirata!"

Hay pueblos nacidos para el orgullo y la vida. Son los mismos que nutren la más singular vocación para el tedio. Y son también los pueblos para quienes resulta más repugnante el sentimiento de la muerte. Puesto a un lado el goce de los sentidos, las diversiones de este pueblo son ineptas. Un club de fanáticos del bolo y los banquetes de las "amigables", el cine de tres francos y las festividades comunales, bastan desde hace tiempo a la recreación de los mayores de treinta años. ¿Cómo podría, pues, este pueblo sin espíritu revestir de mitos el profundo horror de su vida? Todo lo que toca a la muerte es aquí ridículo u odioso. Este pueblo sin religión y sin ídolos, muere a solas después de vivir en masa. No conozco lugar más horrendo que el cementerio del bulevar Bru, frente a uno de los más bellos paisajes del mundo. Un amontonamiento de mal gusto entre los cercos negros, deja escapar una horrible tristeza de esos lugares en que la muerte descubre su rostro verdadero. "Todo pasa –dicen los exvotos en forma de corazón– menos el recuerdo." Y todos insisten en esta eternidad irrisoria que nos suministra a bajo precio el corazón de quienes nos amaron. Son las mismas frases al servicio de todas las desesperanzas. Se dirigen al muerto y le hablan en segunda persona: "Nuestro recuerdo no te abandonará", simulación siniestra que presta un cuerpo y unos deseos a lo que, en el mejor de los casos, no es más que un negro líquido. En otro sitio, en medio de una embrutecedora profusión de flores y pájaros de mármol, este voto temerario: "jamás faltarán flores en tu tumba". Pero no tardamos en tranquilizarnos; la inscripción rodea un ramo de estuco dorado harto económico para el tiempo de los vivos –como esas inmortales que deben su pomposo nombre a los que todavía toman su tranvía en marcha–. Como es preciso ir con el siglo, a veces se reemplaza la clásica lechuza por un estupefaciente avión de perlas, pilotado por un ángel bobo al que, con todo desprecio por la lógica, se ha provisto de un magnífico par de alas.

¿Cómo hacer comprender, no obstante, que estas imágenes de la muerte jamás se separan de la vida? Los valores están aquí estrechamente ligados. La broma favorita de los enterradores argelinos que regresan con sus coches funerarios vacíos, es gritar a las lindas chicas que encuentran en su camino: "¿Quieres subir?" Nada impide ver un símbolo en ello, aunque sea impertinente. También puede parecer blasfemo responder al anuncio de una defunción, guiñando el ojo izquierdo: "El pobre no cantará más", o, como aquella oranesa que jamás quiso a su marido: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó". Pero, en fin de cuentas, no veo lo que pueda tener la muerte de sagrado y siento, por el contrario, la distancia que aquí separa al miedo del respeto. Todo respira el horror a morir

en un país que invita a la vida. Y, sin embargo, los mozos de Belcourt hacen sus citas bajo los propios muros del cementerio y es allí donde las muchachas se ofrecen a los besos y a las caricias.

Comprendo muy bien que no todos pueden aceptar a un pueblo semejante. Aquí, la inteligencia no tiene sitio, como lo tiene en Italia. Esta raza es indiferente al espíritu. Tiene el culto y la admiración del cuerpo. De él extrae su fuerza, su ingenuo cinismo, y una vanidad pueril que le acarrea el ser juzgado con severidad. Comúnmente se le reprocha su "mentalidad"; es decir, una manera de ver y de vivir. Y es verdad que cierta intensidad de vida no es posible sin injusticia. He aquí un pueblo que careciendo de pasado, de tradición, no carece sin embargo de poesía; pero de una poesía cuya calidad conozco bien: dura, carnal, ajena a la ternura; la misma de su cielo, la única que me conmueve y me retrata. Tengo la insensata esperanza de que, acaso, sin saberlo, estos bárbaros que se pavonean en las playas, estén en trance de modelar el rostro de una cultura en que la grandeza del hombre encuentre por fin su efigie verdadera. Este pueblo totalmente entregado al presente, vive sin mitos, sin consuelo. Ha puesto todos sus bienes en la tierra y ha quedado indefenso contra la muerte. Los dones de la belleza física le han sido prodigados. Y con ellos, la singular avidez que acompaña siempre a esa riqueza sin porvenir. Todo lo que aquí se hace revela repugnancia por la estabilidad e indiferencia por el futuro. Se apresuran a vivir y si aquí debiera nacer un arte, obedecería a ese odio de la duración que movió a los dorios a tallar en madera su primera columna. Y, no obstante, sí, puede encontrarse una medida al mismo tiempo que un rebasamiento en el rostro violento y encarnizado de este pueblo, en su cielo de estío, vacío de ternura y ante el cual pueden decirse todas las verdades y sobre el cual ninguna engañosa divinidad trazó los signos de la esperanza o de la redención. Entre ese cielo y esos rostros vueltos hacia él, nada de donde guindar una mitología, una literatura, una ética o una religión; sino piedras, la carne, estrellas y esas verdades que la mano puede tocar.

Sentir sus vínculos con una tierra, su amor por algunos hombres, saber que hay siempre un lugar en que el corazón encontrará su acorde, he aquí ya muchas certidumbres para una sola vida de hombre. Sin duda, no puede bastar esto. Pero en ciertos instantes todo aspira a esa patria del alma. "Sí, tenemos que regresar allá." ¿Por qué extrañarnos de encontrar sobre la tierra esa unión que deseaba Plotino? La Unidad se expresa aquí en términos de sol y de mar. Es sensible al corazón por cierto gusto de carne que hace su amargura y su grandeza. Aprendo que no hay felicidad sobrehumana, ni eternidad fuera de la curva de los días. Estos bienes irrisorios y esenciales, estas verdades relativas, son los únicos que me conmueven. No tengo bastante alma para comprender los otros, los "ideales". No es que hayamos de hacer la bestia, pero no le encuentro sentido a la felicidad de los ángeles. Sólo sé que el cielo permanecerá después de mí. ¿Y a qué llamar eternidad, sino a lo que continuará tras de mi muerte? No expreso una complacencia de la criatura en su condición. Es algo muy distinto. No siempre es fácil ser un hombre, mucho menos un hombre puro. Pero ser puro es encontrar de nuevo esa patria del alma en que se hace sensible el parentesco del mundo, en que los latidos de la sangre se unen a las

pulsaciones violentas del sol de las dos de la tarde. Es bien sabido que la patria se reconoce siempre en el momento de perderla. Para quienes están demasiado atormentados consigo mismos, el país natal es el que los niega. No quisiera ser brutal ni parecer exagerado. Pero, en fin, lo que me niega en esta vida, es lo que primero me mata. Todo lo que exalta la vida, acrecienta al mismo tiempo su absurdidad. En el verano argelino, aprendo que sólo una cosa es más trágica que el sufrimiento: la vida de un hombre feliz. Pero puede ser también el camino hacia una vida más grande, ya que lleva a no hacer trampas.

Muchos, en efecto, afectan el amor de vivir para eludir el amor mismo. Se ensaya gozar y "hacer experiencias". Pero es una opinión del espíritu. Se necesita una rara vocación para ser un gozador. La vida de un hombre se cumple sin la ayuda de su espíritu, con sus retrocesos y sus avances, con su soledad y sus preferencias simultáneas. Viendo a estos hombres de Belcourt que trabajan, defienden a sus mujeres y a sus hijos y, a menudo, sin un reproche, creo que puede sentirse una oculta vergüenza. Sin duda, no me hago ilusiones. No hay mucho amor en las vidas de que hablo. Debería decir que ya no hay mucho. Pero, al menos, no han eludido nada. Hay palabras que jamás he entendido bien, como la de pecado. No obstante, creo saber que estos hombres no han pecado contra la vida. Pues si hay un pecado contra la vida, acaso no sea tanto desesperar de ella como esperar otra distinta y esquivarse a la implacable grandeza de ésta. Estos hombres no han hecho trampas. Dioses estivales, lo fueron a los veinte años por su ardor de vivir y lo son todavía, privados de toda esperanza. He visto morir a dos de ellos. Estaban llenos de horror, pero silenciosos. Más vale así. De la caja de Pandora en que bullían los males de la humanidad, los griegos hicieron salir en último término a la esperanza, como el más terrible de todos. No conozco símbolo más conmovedor. Pues la esperanza, contra lo que se cree, equivale a la resignación. Y vivir no es resignarse.

He aquí, al menos, la áspera lección de los veranos argelinos. Pero ya la estación vacila y el estío baja. Las primeras lluvias de setiembre, tras de tantas violencias y rigideces, son como las primeras lágrimas de la tierra liberada, como si por unos días la ternura se mezclase a estas comarcas. Por la misma época, los algarrobos ponen un olor de amor sobre toda Argelia. De noche, o después de la lluvia, la tierra entera, mojado el vientre por un semen con perfume de almendra amarga, reposa de haberse dado todo el verano al sol. Y he aquí que de nuevo este olor consagra las bodas del hombre con la tierra, y hace surgir en nosotros el único amor verdaderamente viril de este mundo: perecedero y generoso.

NOTA

A título de ilustración, este relato de alboroto oído en Bab-el-Qued y reproducido palabra por palabra. (El narrador no habla siempre como el Cagayous de Musette. Lo que no

debe sorprender. El lenguaje de Cagayous es, a menudo, un lenguaje literario; quiero decir, una reconstrucción. Las gentes del "milieu" no siempre hablan en argot. Emplean palabras de argot, que es diferente. El argelino usa un vocabulario típico y una sintaxis especial. Pero es su traducción a otro idioma lo que da sabor a sus creaciones.)

Entonces Cocó avanza y dice: "Espera un poco, espera" El otro dice: "¿Qué hay?" Entonces Cocó le dice: "Voy a darte golpes". "¿A mí me vas a dar tú golpes?" Entonces se pone la mano atrás, pero era finta. Entonces Cocó le dice: "No eches la mano atrás, porque después te birlo el 6-35 y comerás golpes de yapa".

El otro no ha puesto la mano. Y Cocó nada más que uno le ha dado –no dos, uno–. El otro andaba por tierra. "¡Ua! ¡Ua!" hacía. Entonces la gente vino. El alboroto comenzó. Hay uno que se le adelantó a Cocó, dos, tres. Yo dije: "Di, ¿vas a tocar a mi hermano?" "¿Qué, tu hermano?" "Si no es mi hermano, es como mi hermano". Entonces di un redoble. Cocó cacheteaba, yo cacheteaba, Luciano cacheteaba. Yo tenía a uno en un rincón y con la cabeza: "Bum, bum". Entonces llegaron los agentes. Nos pusieron cadenas, ¿oyes? La vergüenza en la cara tenía, de atravesar todo Bab-el-Qued. Delante del Gentleman's Bar había compinches y las pequeñas, ¿oyes? La vergüenza en la cara. Pero después, el padre de Luciano nos dijo: "Tenéis razón".

EL DESIERTO

A Jean Grenier

Vivir, claro está, es un poco lo contrario de expresar. Si he de creer a los grandes maestros toscanos, es testimoniar tres veces: en el silencio, la llama y la inmovilidad. Se necesita mucho tiempo para reconocer que a los personajes de sus cuadros se los encuentra uno todos los días en las calles de Florencia o de Pisa. Pero, del mismo modo, tampoco sabemos ver los auténticos rostros de quienes nos rodean. No miramos ya a nuestros contemporáneos, ávidos solamente de lo que en ellos sirve a nuestra orientación y norma nuestra conducta. Preferimos al rostro su poesía más vulgar. Pero Giotto o Piero della Francesca saben muy bien que la sensibilidad de un hombre no es nada. Y corazón, a decir verdad, tiene todo el mundo. Pero los grandes sentimientos simples y eternos en torno a los cuales gravita el amor de vivir: odio, amor, lágrimas y alegrías, crecen en la profundidad del hombre y modelan el rostro de su destino –como en el entierro del Giottino, el dolor en los dientes trabados de María–. En las inmensas maestà de las iglesias toscanas, veo muy claro una muchedumbre de ángeles con rostros calcados indefinidamente, pero en cada una de esas faces mudas y apasionadas, reconozco una soledad.

Se trata, en realidad, de lo pintoresco y lo episódico, de matices o de estar conmovido. Se trata, en verdad, de poesía. Lo que cuenta es la verdad. Y llamo verdad a todo lo que

continúa. Hay una sutil enseñanza en pensar que, a este respecto, sólo los pintores pueden apaciguar nuestra hambre. Es que tienen el privilegio de hacerse los novelistas del cuerpo. Es que trabajan en esa materia magnífica y fútil que es el presente. Y el presente se representa siempre en un gesto. No pintan una sonrisa o un fugitivo pudor, nostalgia o espera, sino un rostro en su relieve de huesos y su calor de sangre. De esos rostros inmovilizados en líneas eternas desterraron para siempre la maldición del espíritu, a costa de la esperanza. Pues el cuerpo ignora la esperanza. Sólo conoce los latidos de su sangre. La eternidad que le es propia está hecha de indiferencia. Como esa Flagelación de Piero della Francesca, en la que, en un patio recién lavado, el Cristo martirizado y el verdugo de gruesos miembros dejan entrever en sus actitudes el mismo desprendimiento. Es que este suplicio tampoco tiene una continuación, su lección se detiene en el marco de la tela. ¿Qué razón tendría para conmoverse quien no espera un mañana? Esta impasibilidad y grandeza del hombre sin esperanza, este eternal presente, es precisamente lo que avisados teólogos han llamado infierno. Y el infierno, como nadie lo ignora, es también la carne que sufre. En esta carne, y no en su destino, se detienen los toscanos. No hay pinturas proféticas. Y no es en el museo donde deben buscarse razones para esperar.

La inmortalidad del alma, es verdad, preocupa a muchos buenos espíritus. Pero es porque rechazan, antes de haber agotado su savia, la única verdad que les sea dada y que es el cuerpo. Pues el cuerpo no les plantea problemas o, al menos, conocen la única solución que propone: es una verdad que debe podrirse y que reviste por ello mismo una amargura y una nobleza que ellos no se atreven a mirar de frente. Los buenos espíritus prefieren la poesía, pues ésta es cosa del alma. Bien se entiende que juego con las palabras. Pero se comprenderá también que por verdad solamente quiero consagrar una poesía más alta: la llama negra que de Cimabue a della Francesca elevaran los pintores italianos entre las montañas toscanas como la lúcida protesta del hombre arrojado a una tierra cuyo esplendor y luz le hablan sin tregua de un Dios que no existe.

A fuerza de indiferencia e insensibilidad, sucede que un rostro alcance la grandeza minera de un paisaje. Como ciertos campesinos españoles llegan a parecerse a los olivos de sus tierras, así los rostros de Giotto, despojados de las sombras irrisorias en que el alma se manifiesta, acaban por alcanzar a la misma Toscana en la única lección en que sea pródiga: un ejercicio de la pasión en detrimento de la emoción, una mezcla de ascesis y de goces, una resonancia común a la tierra y al hombre, mediante la cual el hombre –como la tierra– se define a medio camino entre la miseria y el amor. No hay muchas verdades de las que el corazón esté seguro. Y yo sabía la evidencia de esta cierta tarde en que la sombra comenzaba a ahogar los viñedos y olivares de la campiña florentina en una gran tristeza muda. Pero en este país, la tristeza es siempre un comentario a la belleza. Y en el tren que huía a través de la noche, algo sentía desatarse en mí. ¿Puedo dudar ahora de que, con el rostro de la tristeza, aquello se llamaba, no obstante, felicidad?

Sí, la lección ilustrada por sus hombres, la prodiga también Italia con sus paisajes. Pero es fácil perder la felicidad, por ser siempre inmerecida. Lo mismo pasa con Italia y su gra-

cia, con ser repentina, no siempre es inmediata. Mejor que país alguno, invita a profundizar una experiencia que, sin embargo, parece entregar toda entera a la primera vez. Es que primero es pródiga de poesía para mejor esconder su verdad. Sus primeros sortilegios son ritos de olvido: los laureles rosa de Mónaco, Génova plena de flores y olores de pescado y las noches azules sobre las costas ligures. Luego, Pisa por fin y con ella una Italia que perdió el encanto un poco canallesco de la Riviera. Pero es todavía fácil y, ¿por qué no prestarse por algún tiempo a su gracia sensual? Para mí, a quien nada fuerza cuando estoy aquí –y privado de las alegrías del viajero acosado, ya que un billete de precio reducido me obliga a permanecer cierto tiempo en la ciudad "de mi elección"–, mi paciencia en amar y comprender me parece ilimitada esta primera noche en que, fatigado y hambriento, entro en Pisa, acogido en la avenida de la estación por dieciocho altoparlantes atronadores que vierten una oleada de romance sobre una muchedumbre en la que casi todo el mundo es joven. Yo sé ya lo que espero. Tras de este asalto de vida, el singular momento en que –cerrados los cafés y repentinamente recreado el silencio– iré por calles cortas y oscuras hacia el centro de la ciudad. El Arno negro y dorado, los monumentos amarillos y verdes, la ciudad desierta, ¿cómo describir ese subterfugio tan repentino y tan hábil mediante el cuál, a las diez de la noche, se convierte Pisa en una extraña decoración de silencio, agua y piedras? "¡Fue en una noche semejante, Jéssica!" He aquí que sobre este escenario único, se presentan los dioses con la voz de los amantes de Shakespeare… Es preciso saber prestarse al sueño cuando el sueño se nos presta. En el fondo, de esta noche italiana siento ya los primeros acordes del más íntimo canto que se viene a buscar aquí. Mañana, solamente mañana, el campo se redondeará en la mañana. Pero esta noche estoy entre los dioses, y ante Jéssica que se fuga "con los arrebatados pasos del amor", mezclo mi voz a la de Lorenzo. Pero Jéssica es sólo un pretexto, y este amoroso impulso la rebasa. Sí, creo que Lorenzo no la ama tanto como le agradece el permitirle amar. Pero, ¿por qué pensar esta noche en los Amantes de Venecia y olvidar a Verona? Es que nada invita aquí a mimar amantes desventurados. Nada más vano que morir por un amor. Vivir sería preciso. Lorenzo vivo vale más que Romeo en tierra, a pesar de su rosal. ¿Cómo no danzar entonces en estas fiestas del amor vivo, dormir la siesta sobre las cortas hierbas de la Piazza del Duomo, en medio de monumentos que siempre habrá tiempo de visitar, beber en las fuentes de la ciudad cuya agua es un poco tibia, pero tan fluida, ver de nuevo ese rostro de mujer que reía, de larga nariz y boca altiva? Sólo hay que comprender que esta iniciación prepara para más altas iluminaciones. Son los resplandecientes cortejos que llevan a los mystes dionisíacos a Eleusis. El hombre prepara sus lecciones en la alegría y, llegado a su más alto grado de embriaguez, la carne se hace consciente y consagra su comunión con un misterio sacro cuyo símbolo es la sangre negra. He aquí que el olvido de sí mismo, bebido en el ardor de esta primera Italia, nos prepara para esta primera lección que nos desvincula de la esperanza y nos desprende de nuestra historia. Doble verdad del cuerpo y del instante, ¡cómo no aferrarse al espectáculo de la belleza del mismo modo que nos asimos a la única dicha esperada: aquella que debe encantarnos en el momento de su perecimiento?

El materialismo más repugnante no es el que se cree, sino el que quiere darnos ideas muertas por realidades vivas y atraer hacia mitos estériles la atención obstinada y lúcida que ponemos en lo que en nosotros debe perecer para siempre. Recuerdo que en Florencia, en el claustro de los muertos de la Santissima Annunziata, me transportó algo que pude tomar por angustia y que sólo era cólera. Llovía. Leía yo las inscripciones en las losas funerarias y en los exvotos. Este había sido padre afectuoso y marido fiel; aquel otro, a la par que el mejor de los esposos, avisado comerciante. Una muchacha, modelo de todas las virtudes, hablaba el francés "si come il nativo". Otra, era la esperanza de todos los suyos, "ma la gioia e pellegrina sulla terra". Pero nada de esto me conmovía. Casi todos, según las inscripciones, se habían resignado a morir. No cabía duda de ello, pues habían aceptado sus otras obligaciones. Aquel día, los niños habían invadido el claustro y jugaban al salto de carnero sobre las losas que pretendían perpetuar las virtudes. Caía la noche. Yo me había sentado en el suelo, contra una columna. Al pasar, me había sonreído un sacerdote. El órgano tocaba sordamente y el cálido color de su dibujo reaparecía a veces tras de los gritos infantiles. Solo contra la columna, era yo como alguien a quien estrangulan mientras grita su fe como una palabra postrera. Todo en mí protestaba contra semejante resignación. "Se debe", decían las inscripciones. ¡Pero no!, y mi rebelión estaba en lo justo. Necesitaba seguro, paso a paso, esa alegría que andaba indiferente y absorta como un peregrino sobre la tierra. A todo lo demás decía no. Lo decía con todas mis fuerzas. Las lápidas me enseñaban que era inútil y que la vida es "con sol levante con sol cadente". Pero todavía hoy, no veo lo que la inutilidad hurta a mi rebelión y sé muy bien lo que le agrega. Por lo demás, no era esto lo que quería decir. Desearía decir un poco mejor una verdad que entonces experimentaba en el seno mismo de mi rebelión y de la que ésta era apenas una prolongación, una verdad que iba de las pequeñas rosas tardías del claustro de Santa Maria Novella a las mujeres de aquella mañana dominical de Florencia, libres los senos bajo los ligeros vestidos y los labios húmedos. Aquel domingo, en el pórtico de cada iglesia se levantaban tenderetes de flores, gordas y brillantes, perladas de agua. En todo encontraba entonces una especie de "ingenuidad" al mismo tiempo que una recompensa. En esas flores, como en esas mujeres, había una generosa opulencia y yo no veía que desear las unas difiriese mucho de codiciar las otras. El mismo corazón puro bastaba a ello. Y no a menudo se siente el hombre puro de corazón. Pero, al menos, su deber en ese momento es llamar verdad a lo que tan singularmente lo ha purificado, aunque esta verdad pueda parecer a otros una blasfemia, como es el caso de lo que pensaba yo aquel día: había pasado la mañana en un convento de franciscanos, en Fiésole, lleno de olor de los laureles. Había permanecido largos instantes en un patiecillo henchido de flores rojas, de sol, de negras y amarillas abejas. En un rincón había una regadera verde. Antes de ir allí, había visitado las celdas de los monjes y visto sus mesillas adornadas con una calavera. Ahora este jardín testimoniaba sus inspiraciones. Había regresado hacia Florencia a lo largo de la colina que descendía en dirección a la ciudad que se ofrecía con todos sus cipreses. Ese esplendor del mundo, esas mujeres y esas flores, me parecían ser la justificación de esos hombres. No

estaba seguro de que no fuese también la de todos los hombres que saben que un grado extremo de pobreza lleva siempre de nuevo al lujo y la riqueza del mundo. Sentía una común resonancia en la vida de esos franciscanos, encerrados entre columnas y flores, y la de los mozos de la playa Padovani de Argel, que pasan todo el año al sol. Si se despojan, es para una vida más grande, y no para otra vida. Es éste, al menos, el único sentido válido de la palabra "desnudez". Estar desnudo guarda siempre un sentido de libertad física y a ese acuerdo entre la mano y las flores –ese amoroso entendimiento de la tierra y el hombre liberado de lo humano–, ¡ah!, a ese me convertiría, si no fuese ya mi religión. No, esto no puede ser una blasfemia y, tampoco lo es si digo que la sonrisa interior de los San Francisco de Giotto justifican a quienes tienen el gusto de la felicidad. Pues los mitos son a la religión lo que la poesía a la verdad: ridículas máscaras puestas a la pasión de vivir.

¿Iré más lejos? Los mismos hombres que en Fiésole viven ante las flores rojas, tienen en su celda un cráneo que alimenta sus meditaciones. Florencia en sus ventanas y la muerte sobre su mesa. Una cierta continuidad en la desesperación puede engendrar la alegría. Y a cierta temperatura de vida, el alma y la sangre mezcladas viven a sus anchas en la contradicción, tan indiferentes al deber como a la fe. Ya no me asombro de que una mano alegre resumiera con estas palabras, escritas sobre un muro de Pisa, su singular noción del honor: "Alberto fa l'amore con la sua sorella." Ya no me asombro de que Italia sea la tierra de los incestos o, al menos, de los incestos confesados, lo que es todavía más significativo. Pues el camino que lleva de la belleza a la inmoralidad es tortuoso pero seguro. Sumergida en la belleza, la inteligencia hace su comida de nada. Ante estos paisajes cuya grandeza aprieta la garganta, cada uno de sus pensamientos es una tachadura sobre el hombre. Y pronto, negado, cubierto, recubierto y oscurecido por tantas convicciones abrumadoras, no es ya nada ante el mundo más que una mancha informe que sólo conoce la verdad pasiva, o su color o su sol. Paisajes tan puros resecan el alma y su belleza es insoportable. En estos evangelios de piedra, cielo y agua, está dicho que nada resucita. De ahora en más, desde el fondo de este desierto magnífico al corazón, la tentación comienza para el hombre de estos países. ¿De qué sorprenderse si espíritus criados ante el espectáculo de la nobleza, en el aire rarificado de la belleza, no acaban de persuadirse de que la grandeza pueda unirse a la bondad? Una inteligencia sin dios que la concluya busca un dios en lo que la niega. Al llegar al Vaticano, Borgia exclama: "Ahora que Dios nos ha dado el papado debemos apresurarnos a gozarlo." Y hace lo que dice. Apresurarse está bien dicho. Y se siente ya ahí la desesperación de los seres colmados.

Acaso me engañe. Pues en suma, fui feliz en Florencia y tantos otros lo fueron antes que yo. Pero, ¿qué es la felicidad, sino el simple acuerdo entre un ser y la existencia que lleva? ¿Y qué acuerdo más legítimo puede unir el hombre a la vida, sino la doble conciencia de su deseo de durar y de su destino mortal? Al menos así se aprende a no contar con nada y a considerar el presente como la única cosa que nos sea dada por "añadidura". Bien sé que se me dice: Italia, el Mediterráneo, tierras ¡dónde, pues, y que me muestren la vía! Dejadme abrir los ojos para buscar mi medida y mi contentamiento. O, mejor aún, sí,

veo: Fiésole, Djémila y los puertos al sol. ¿La medida del hombre? El silencio y las piedras muertas. Todo el resto pertenece a la historia.

Y, sin embargo, no es aquí donde deberíamos detenernos. Pues no se ha dicho que la felicidad sea forzosamente inseparable del optimismo. Está ligada al amor, lo que no es lo mismo. Y conozco horas y lugares en que la felicidad puede parecer tan amarga que es preferible su sola promesa. Pero es que en esas horas y lugares no tenía bastante corazón para amar; es decir, para no renunciar. Lo que aquí debe decirse es esa entrada del hombre en las fiestas de la tierra y de la belleza. Pues en ese minuto, como el neófito sus últimos velos, abandona ante su dios la calderilla de su personalidad. Sí, hay una más alta dicha en que la felicidad parece fútil. En Florencia trepaba yo hasta la cima del jardín Bóboli, una terraza desde la cual se descubría el monte Oliveto y las colinas de la ciudad hasta el horizonte. Sobre cada una de ellas, los olivares eran pálidos como breves humos y en la ligera neblina que formaban, se destacaban los surtidores más duros de los cipreses, verdes los más cercanos y negros los de lontananza. En el cielo de un azul profundo, grandes nubes ponían su mancha. Con el fin de la tarde, caía una luz argentada bajo la cual todo se tornaba silencioso. La cima de los alcores aparecía primero entre las nubes. Pero se había levantado una brisa cuyo soplo sentía en mi rostro, Con ella, tras de las colinas, las nubes se separaron como un telón que se corre. Al mismo tiempo, los cipreses de la cúspide parecieron de un solo impulso en el azul repentinamente descubierto. Con ellos, toda la colina y el paisaje de olivares y de piedra subieron lentamente. Otras nubes vinieron. Y la colina volvió a bajar con sus cipreses y sus casas. Luego, de nuevo –y en lontananza sobre otros alcores cada vez más borrosos–, la misma brisa que abría aquí los gruesos pliegues de las nubes, las cerraba allá. En esta gran respiración del mundo, el mismo soplo se exhalaba a unos segundos de distancia y repetía, de tiempo en tiempo, el tema en piedra y aire de una fuga a la escalera del mundo. Cada vez el tema disminuía en un tono, siguiéndolo un poco más lejos, me calmaba un poco más. Y llegado al término de esa perspectiva sensible al corazón abrazaba de una ojeada la evasión de colinas respirando al unísono y con ella algo como el canto de la tierra entera.

Yo sabía que millones de ojos habían contemplado este paisaje, que para mí era como la primera sonrisa del cielo. Me sacaba fuera de mí, en el sentido profundo del término. Me aseguraba que sin mi amor y ese hermoso grito de piedra, todo era inútil. El mundo es bello y fuera de él no hay salvación. La gran verdad que pacientemente me enseñaba, es que el espíritu nada es, ni nada siquiera el corazón. Y que la piedra calentada por el sol, o el ciprés que el descubierto cielo engrandece, limitan el único universo en que "tener razón" cobra un sentido: la naturaleza sin hombres. Y este mundo me anula. Me lleva hasta el extremo. Me niega sin cólera. En la noche que caía sobre la campiña florentina, me encaminaba hacia una sabiduría en la que ya todo estaba conquistado, si no me hubiesen venido las lágrimas a los ojos y el largo sollozo de poesía que me henchía no me hubiese hecho olvidar la verdad del mundo.

En este balanceo debiera detenerme: singular instante en que la espiritualidad repudia a

la moral, en que la felicidad nace de la ausencia de esperanza, en que el espíritu encuentra su razón en el cuerpo. Si es cierto que toda verdad lleva consigo su amargura, lo es también que toda negación contiene una floración de "sí". Y este canto de amor sin esperanza que nace de la contemplación, puede figurar también la más eficaz de las reglas de acción. Al salir del sepulcro, el Cristo resurrecto de Piero della Francesca no tiene mirada de hombre. En su rostro no se pinta nada dichoso, sino solamente una grandeza huraña y sin alma que no puedo dejar de tomar por una resolución de vivir. Pues el sabio, como el idiota, expresa poco. Este retorno me encanta.

Pero, ¿le debo esta lección a Italia o la extraje de mi corazón? Sin duda fue allí donde se me apareció. Pero es que Italia, como otros lugares privilegiados, me ofrece el espectáculo de una belleza en la que, sin embargo, mueren los hombres. También aquí la verdad debe podrirse. ¿Y qué cosa más exaltante? Aunque la desee, ¿qué tengo yo que hacer con una verdad que no haya de podrirse? No está hecha a mi medida. Y amarla sería una falsa apariencia. Rara vez se comprende que jamás es por desesperación que un hombre abandona lo que constituía su vida. Las calaveradas y las desesperaciones conducen hacia otras vidas y sólo indican un tembloroso apego a las lecciones de la tierra. Pero puede suceder que en cierto grado de lucidez, un hombre sienta su corazón cerrado y, sin rebelión ni reivindicación, vuelva la espalda a lo que hasta entonces tomara por su vida; quiero decir, su agitación. Si Rimbaud termina en Abisinia sin haber escrito una línea siquiera, no es por gusto de la aventura ni por renunciamiento de escritor. Es "porque así es" y porque en determinado punto de la conciencia se acaba de admitir que todos nosotros nos esforzamos por no comprender, según nuestra vocación. Bien se entiende que aquí se trata de emprender la geografía de cierto desierto. Pero este singular desierto sólo es sensible a quienes son capaces de vivir en él, sin engañar jamás su sed. Es entonces, y sólo entonces, cuando se puebla con las aguas vivas de la felicidad.

Al alcance de mi mano, en el jardín Bóboli, pendían enormes higos dorados cuya entreabierta carne dejaba escurrir un espeso almíbar. De la leve colina a los jugosos frutos, de la secreta fraternidad que concertaba el mundo al hambre que me movía hacia la anaranjada carne pendiente sobre mi mano, deduje el balanceo que lleva a ciertos hombres de la ascesis al goce, y del despojo a la profusión en la voluptuosidad. Admiraba, admiro este vínculo que une el hombre al mundo, ese doble reflejo en el que mi corazón puede intervenir y dictar su dicha hasta un límite preciso en que el mundo puede entonces completarla o destruirla. ¡Florencia!, uno de los pocos lugares de Europa en que comprendí que en el seno de mi rebeldía dormía un consentimiento. En su cielo mezclado de lágrimas y sol, aprendí a consentir a la tierra y a arder en la llama sombría de sus fiestas. Experimentaba… ¿pero qué palabra?, ¿qué desmesura?, ¿cómo consagrar el acuerdo del amor y la rebeldía? ¡La tierra! En este gran templo desertado por los dioses, todos mis ídolos tienen los pies de barro.

"Sin duda se precisa largo tiempo en Argel para comprender lo que puede tener de esterilizante un exceso de bienes naturales. Nada hay aquí para quien quisiese aprender, educarse o mejorarse. Este país no tiene lección que dar. Ni promete ni deja entrever. Se contenta con dar, pero profusamente. Se entrega del todo a los ojos y se le conoce desde el momento en que se le goza. Sus placeres no tienen remedio, ni esperanza sus alegrías. Lo que exige son almas clarividentes, es decir, inconsolables. Pide que se haga un acto de lucidez como se hace un acto de fe. ¡Singular país que, al mismo tiempo, da al hombre que nutre su esplendor y su miseria! " (Albert Camus)

WWW.ELBOZALDELALOGICA.BLOGSPOT.COM